

BLOC DE NOTAS

Maxim Ósipov, del destierro al exilio

En «Kilómetro 101», el autor ruso teje un relato entrelazado con varias piezas para seguir retratando la sociedad actual de su país

Luis M. Alonso

Tras la invasión total de Ucrania por parte de su país, en marzo de 2022, el cardiólogo y escritor **Maxim Ósipov** (Moscú, 1963) huyó de Rusia. Se dirigió primero a Ereván y luego a Alemania. Antes había vivido durante largo tiempo en una especie de exilio interior en la ciudad de Tarusa, a 101 kilómetros de la capital. Tarusa está lo suficientemente alejada del Kremlin como para haber servido, bajo el dominio soviético, de lugar de acogida de exproisioneros políticos y desafectos al régimen, todos aquellos seres a quienes solo se les permitía vivir a esa distancia de Moscú, en pequeñas ciudades rurales. Allí podían proseguir con sus ocupaciones o profesiones anteriores, pero bajo el doloroso aislamiento, la discriminación y los recuerdos amargos de una experiencia vivida más favorable.

El bisabuelo del cardiólogo Ósipov había sido encarcelado por participar en el complot de la conspiración contra **Gorki**; el Gobierno reprimió entonces con dureza a los médicos judíos. Tras su liberación, este antepasado del escritor eligió vivir en Tarusa, donde décadas más tarde también se dirigiría Maxim, camino del destierro. Situada entre el centro del poder y las provincias, entre la metrópoli y el campo, Tarusa se convirtió, para Ósipov, en el observatorio ideal de la Rusia de nuestros días, hasta que permanecer allí resultó imposible para el autor de este nuevo volumen de piezas cortas, una continuación de «Piedra, papel, tijera», publicado hace unos años por Libros del Asteroide.

«Kilómetro 101» aborda cuestiones importantes de la vida moderna dentro y fuera de Rusia, con audacia estilística y a la vez cierta sutileza. El engaño, la presión política, la discriminación étnica, el primer impulso de emigrar y el miedo a abandonar el propio hogar, así como los conflictos generacionales, están entrelazados en sus relatos como en las propias existencias de los compañeros rusos del autor y, en algunos casos, las nuestras. Sin embargo, la escritura no está unida solamente por el conjunto de esas preocupaciones; crece, además, gracias a las ideas intrépidas de Ósipov. Los sueños se desvanecen, uno tras otro, escribe, algunos porque se hacen realidad, pero la mayoría de ellos porque resultan inútiles. En la prosa ágil pervive una deuda evidente con la gran literatura rusa del siglo XIX; por momentos se percibe un salto hacia el modernismo y al absurdo. Entre fragmentos de recuerdos, citas bíblicas y literarias, clichés aparentemente sin sentido, el autor evoca una interesante ruptura del lenguaje y la ética, como ya ocurría en el volumen anterior de narraciones cortas. Los cuatro ensayos autobiográficos —«En mi tierra», «Es pecado quejarse», «Una alegría no pascual» y «Los niños de Dzhankói»— reiteran las luchas mantenidas en el resto de las piezas cortas. Ósipov enumera sus impresiones filosóficas positivas y negativas de la vida en provincias como médico residente. Llega a la conclusión de que donde quiera que vayas, todo es igual y de que no resulta difícil comprobar cómo teniendo vidas miserables disponemos de una literatura maravillosa.

La combinación de realismo agudo y refinamiento discreto, característico en su prosa, opera con eficacia para transmitir los males y la sintomática anestesia gris de la vida en la Rusia provincial, pasada y presente. Las dos fuerzas que emergen en Tarusa, observa el autor de «En mi tierra», son el miedo a la muerte y el disgusto por la vida. Algo que puede parecer bastante sombrío, y de hecho lo es. Ósipov describe un mundo de alcoholismo, violencia y apatía, hasta que da con lo que quizás sea el rasgo ruso más letal de todos: la tolerancia de lo intolerable. La alternativa es emigrar, pero el exilio en Rusia no tiene retorno hasta que **Putín** haya dejado de graznar y el país llevado a cabo los cambios suficientes; mientras tanto, al que regresa le espera un ajuste de cuentas.

Es imposible desvincular la lectura de «Kilómetro 101» de la realidad actual. El libro profundiza en todas y cada una de las categorías del exilio ruso, el histórico y el presente, el interno y el externo, el físico y el psicológico. ¿Cuánto costará revertir la situación? Digamos que Ósipov se muestra más pragmático y ambivalente que puramente pesimista en sus apreciaciones cuando recalca que Rusia, en una sola década, cambia mucho, mientras que en dos siglos, nada en absoluto. Un viaje, este, plagado de inquietud.



Kilómetro 101

Maxim Ósipov

Traducción de Ricardo San Vicente

Libros del Asteroide
240 páginas, 20,95 euros

TINTA FRESCA

El detective andante

Luis García Jambrina convierte a un titán literario en investigador con «El primer caso de Unamuno»

Tino Pertierra

A **Luis García Jambrina**, **Unamuno** siempre le ha parecido un personaje fascinante. En su nueva novela, «El primer caso de Unamuno», el autor de «Niebla» se verá obligado a investigar una serie de crímenes en la Salamanca de 1905. «Unamuno es múltiple y poliédrico», señala, «incatalogable e imprevisible, y en eso reside buena parte de su gracia e interés. Muestro al gran escritor, rector e intelectual, pero también al marido, al padre de familia, al profesor, al enamorado a su pesar, al caminante infatigable, al investigador en pos de la verdad, al rastreador de enigmas... En definitiva, un personaje muy complejo y lleno de paradojas. En mi novela, Unamuno es un detective muy peculiar, concretamente en lo que yo llamo un 'detective andante'. Es alguien que de manera inesperada tiene que lanzarse a la aventura de investigar unos crímenes, de desfacer entuertos en definitiva, como hacía don Quijote, que es el personaje literario con el que Unamuno más se identifica y al que más admira. Se trata, pues, de un cruce de detective y caballero andante».

Como buen caballero andante, «tendrá su enamorada, que, en este caso, tiene algo de mujer fatal. Se trata de una joven anarquista catalana llamada Teresa Maragall, un personaje muy ambiguo, con el que nunca se sabe por dónde puede salir. Al final esta le dará a don Miguel una importante lección de vida. Su ayudante es un joven abogado, Manuel Rivera, fiel cumplidor de la ley y defensor de causas perdidas o, al menos, difíciles. Es una especie de contrapunto del protagonista. Este personaje equilibra un poco el de Unamuno, con el fin de que este no se desmande demasiado. Es algo así como Sherlock Holmes y el doctor Watson, pero también como don Quijote y Sancho; de modo que se irán contagiando el uno del otro y acabarán forjando una gran amistad».

Es una obra de ficción, «pero el trasfondo es histórico y tiene una base real relacionada con la cuestión agraria y el problema del campo en la España en la Restauración. La novela parte de dos hechos que en ella aparecen amalgamados. El primero tuvo lugar en el otoño de 1905 en el pueblo de Boada. Todo lo que se cuenta sobre la carta que los vecinos envían al presidente de Argentina mostrándole su deseo de emigrar, así como sobre los polémicos artículos de Maeztu y Unamuno, es real. También lo es la enorme repercusión mediática y política que la noticia tuvo en España. Por otro lado, los asesinatos que se narran en la novela son inventados, pero el primero de ellos está basado en uno que tuvo lugar veinticinco años antes de lo de Boada en un pueblo cercano, Matilla de los Caños del Río; un asunto del que también habló Unamuno. Ambos hechos están vinculados con la situación económica y social del campo salmantino en ese momento». Es, afirma, «mi novela más negra y detectivesca y está llena de misterios y puntos de giro».



El primer caso de Unamuno

Luis García Jambrina

Alfaguara, 288 páginas
19 euros